

¿POR QUÉ YA NO SE VA A MISA?

Las causas del fracaso de la práctica dominical son, sin duda, numerosas. Entre ellas debemos mencionar la reciente evolución de los sistemas litúrgicos. Cuando la reforma conciliar quería promover una participación real de todo el mundo en la acción litúrgica, una “resacralización” ha profundizado de nuevo la distancia entre el clero y los fieles.

“Pourquoi on ne vas plus à la messe”, *Études*, 4264 (2019) 83-94

El declive de la “práctica” –en su dimensión litúrgica– es impresionante. La participación en la misa dominical reúne ahora un 3% de católicos (o menos), cuando en los años sesenta, en Francia, alcanzaba todavía un 20-25%. En aquel entonces, cuando se hablaba de la “muerte de Dios”, en los países luteranos de Escandinavia el porcentaje había bajado ya por debajo del 2%. Al cabo de unos cincuenta años, nosotros nos hallamos en la misma posición. Las interpretaciones del retroceso son variadas: descenso del número de creyentes, exculturación de la Iglesia en una sociedad secularizada, desacuerdos intelectuales (en materia de bioética, por ejemplo) y prácticos (diferencias en relación con sus normas sexuales y conyugales), libertad respecto a la obligación, prácticas individualistas “a la carta”, crecimiento exponencial de las actividades de reposo y deportivas durante el fin de semana... Se invocan, sobre todo, razones exteriores. Raramente se ponen en

cuestión la propia celebración eucarística y las formas que ha adoptado.

Nos preguntamos, por lo tanto: ¿cuál es el motivo de la desavenencia? Los tradicionalistas de todas las tendencias (aquellos que prefieren el rito en latín, y los que echan de menos las misas de antaño aun asistiendo a las dichas en francés) acusan fácilmente la “misa de Pablo VI”, instituida después del concilio Vaticano II, si no de ser el origen y la causa del declive, al menos de haber contribuido a ello. Aquí queremos, precisamente, sostener la tesis contraria: por no haber llevado a su fin la reforma cultural que implica la misa de Pablo VI, la Iglesia ha sufrido y sufre un desinterés litúrgico. El desinterés de unos –las nuevas generaciones que se abstienen de asistir a la misa desde la adolescencia o algo después– y la defección continua de otros, incluidos “viejos practicantes”, hasta entonces fieles. Unos y otros no tienen el ánimo de des-